



Marraskia - Ilustración: Jon Arza

Juan González Andrés

## LAS NEGRAS UÑAS DEL CANGREJO

Contempló sus ocho uñas y trató de recordar la última vez que fueron del color de la nieve.

El crepúsculo encerraba la magia de esas tardes en que, tan sólo por unos instantes, el sol se extingue bajo el mismo techo que una luna obscenamente blanca. Formados en castrense hilera, varios cuervos de carbón moteaban las tejas de una casa. Desde su atalaya, las aves graznaban cada vez más alto, emitiendo un fragor semejante a una carcajada lúgubre.

Los tres dedos de la mano izquierda del viejo se aferraron al mango dorado de un maletín tan elegante como pesado, ligeramente manchado de tierra. Lo sacudió y echó a andar. Se desvió del sendero para llegar hasta una gran vid que emergía del suelo a la búsqueda de unos exiguos rayos de sol; observó la madeja de ramas ensortijadas y le parecieron los brazos de un hombre ahogándose. Miró la cepa unos instantes y entonces desapareció por entre sus racimos.

Enseguida regresó al camino. Había cambiado el maletín por un paraguas. Volvió a escudriñar sus manos y se percató de que se le habían colado minúsculas partículas de tierra entre las yemas de los dedos y las uñas. Sumergió la mano en las profundidades del bolsillo y extrajo una pequeña navaja. La abrió e introdujo el filo por todas sus uñas hasta liberar gran parte de la suciedad que albergaban.

El sonido de unas pisadas le despistó. A lo lejos, gravitando entre la bruma y el aire gélido, divisó dos figuras fantasmagóricas que se acercaban a su posición. Apretó el paso, la mirada fija de soslayo en las siluetas que le seguían metros atrás, y se detuvo a un lado del camino para atarse más fuerte los cordones. Las dos siluetas cobraron una forma más precisa apenas pasaron a su altura. Eran dos personas, hombre y mujer, de edad media.

Se incorporó y alisó los pliegues de su traje que parecía no haber sentido nunca el calor de una plancha. Esperó un instante y vio cómo aquellas dos personas volvían a transformarse en fantasmas de humo y niebla.

—¡Oigan! ¡Oigan! ¡No es por ahí! ¡Ese no es el camino!

Se dirigió hacia ellos con el paso acelerado y delatando una leve cojera.

—Perdonen, pero supongo que irán a ver al Santo, ¿me equivoco?

—Sí, señor, eso es. ¿Vamos mal? —inquirió el hombre—. Anda, mujer, mira a ver dónde estamos.

—No, no... No se molesten. Esta zona no viene señalizada en ningún papel. A todos les ocurre lo mismo. Tienen que seguir un poco más hacia la derecha y entonces tomar el camino que da a... Pero qué estoy diciendo... Si quieren, yo puedo acompañarles un buen trecho. Me coge de paso. ¿Les importa?

La mujer miró a su marido. Al reparar en la mano tullida del viejo, el hombre asintió con un gesto que no permitía saber si le importunaba o no la compañía del desconocido.

—Ahí atrás tengo unas tierras—. El viejo señaló con sus tres dedos los viñedos que iban dejando a sus espaldas—. Y vivo cerca del pueblo donde supongo que ustedes pararán hoy a dormir. Todas las tardes, al volver de la labranza, acompaño a algún peregrino hasta el pueblo. He conocido a tantos que no podría contarlos ni con todos los dedos de mi cuerpo. Claro, que mi cuerpo no tiene los dedos reglamentarios. —Tanteó con la mirada al matrimonio para cerciorarse de que un comentario tan sardónico recibía su aprobación. La mujer derramó una tímida sonrisa entre sus labios y el viejo continuó hablando mientras caminaban. —¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Una promesa. Mi madre estuvo enferma y...

—¿Una promesa? —El viejo retrocedió varias décadas en el tiempo y trató de bucear en los acantilados de su memoria—: Casi había olvidado esa palabra. Ya nadie cumple promesas.

A este comentario le siguió un incómodo silencio, sólo quebrado por un crujir de hojas secas bajo sus pies. Al cruzar un puente de piedra, un anciano, que erguía una caña de pescar tres veces más grande que él, se dirigió al viejo.

—Hombre, Cangrejo, ¿aireando la sesera?

—Ya ves... Voy acompañando a estos señores, que van a ver al Santo.

—¿Ah, sí? Yo hace muchos años que fui, y de buena gana volvería a cantarle las cuarenta. Pero hace tiempo que a mis piernas se les pasó la fecha de caducidad.

—Y qué, ¿pican? —intervino el hombre tratando de parecer amable mientras se asomaba por la barandilla del puente.

—¿Picar? Hace años que los únicos que pican en este pueblo son los mosquitos. Y sólo lo hacen en verano. Ni me acuerdo de la última vez que pesqué algo comestible. Pero no pierdo la esperanza gracias a esta caña. Es el instrumento perfecto para matar el tiempo. —Hizo una pausa y se echó a reír como un lunático—: Antes de que él me mate a mí... —Las carcajadas aumentaron hasta que una tos tuberculosa se le alojó en la garganta—. Matar el tiempo... Tú de eso sabes un rato, ¿verdad, Cangrejo?

—Bueno... Vamos a marcharnos, que estos señores tendrán prisa.

—Sí, sí... Por la noche nos vemos, Cangrejo... Y a ustedes, señores, buen camino.

—Gracias.

—Muchas gracias...

Los tres caminantes se alejaron del puente y continuaron andando rodeados por viñas y maizales. La mujer observó el rostro desfigurado del Cangrejo reflejado en un charco. El agua, con su leve movimiento, lo devolvía aún más deformado.

—Ese viejo pescador... —masculló de improviso el viejo con la intención de romper el hielo—. Le conozco desde chico. Mariscábamos juntos para sacar el jornal. Pero lo dejamos después de que la mar nos diera el aviso.

Dijo esto último mientras la mujer comprobó que sus ojos se humedecían, como si llevaran un pequeño pedazo de mar en su interior. Luego pareció cambiar de tema.

—Mi padre decía que la mar tiene alma de mujer noble. «Nunca se queda con nada que no sea suyo», decía. «Tarde o temprano devuelve a la orilla todo lo que no le pertenece: tesoros, embarcaciones e incluso los cuerpos azules de los ahogados».

Cambió de mano el paraguas y exhibió sus tres dedos. Entonces, siempre sin dejar de caminar, continuó hablando.

—No es que dude de las palabras de mi padre, pero creo que el mar aún no ha cumplido conmigo. —Con la barbilla, el viejo señaló hacia el hueco que existía en su mano izquierda entre los dedos pulgar y anular.

—¿Quiere decir que el mar le arrebató los dedos? —interrogó el hombre entre divertido y desconcertado.

—En mi primera y última marea, sí señor. —Percibió que sus acompañantes no entendían del todo bien y agregó, la voz trémula y adornada de falsa tragedia—: el naufragio. Fui tirador de red en varios pesqueros hasta que el naufragio me divorció de la mar. Habíamos pasado mucho tiempo faenando. No sé cuánto, tres o cuatro meses. Poco antes de llegar a puerto se desató un temporal del carajo. Fue todo rapidísimo... Empezó a entrar agua en el barco por todas partes y, antes de poder ponernos los salvavidas, el barco bajó directo al infierno. Yo escapé por los pelos, pero la mar engulló a casi todos mis compañeros. A los pocos días, los devolvió, muertos y azules; tal y como mi padre solía decir.

—¿Y sus dedos?

—La corriente me vomitó contra el acantilado y sólo me di cuenta de que me faltaban dos dedos cuando intenté aferrarme a una roca del acantilado. No puedo recordar cuándo los perdí o cómo lo hice, pero sí por qué los perdí. —Frunció el ceño y carraspeó—. Ustedes no son de por aquí... Por eso lo que voy a decirles les va a parecer una paparruchada: perdí los dedos por culpa de mi profesión y de mi pasado como marisquero. Esa mujer de alma noble también sufre. Y tiene heridas, algunas de ellas más viejas que el propio universo. La mar tiene una forma muy especial de sangrar; lo hace a través de sus rocas. Por eso, cuando se le arranca un percebe, la mar se embravece y sus alaridos de animal herido pueden oírse en cientos de kilómetros a la redonda: es el ruido de las olas chocando contra el acantilado y el casco de los barcos.

Hacia ya un buen rato que el matrimonio había sucumbido a la historia de aquel encantador de serpientes. Ambos caminaban ajenos al paisaje, con la escucha como única preocupación.

—Respecto a mis dedos, supongo que el mar se los quedó temporalmente, tal vez a cambio de devolverme la vida en aquel naufragio. Es posible que hayan terminado encallados en la volanta de algún pescador, o que aparezcan algún día semienterrados en la arena. —Suspiró como si le fuera en ello su último aliento—. En fin, antes de separarnos, la mar mantenía mis uñas limpias y saladas. Ahora el trabajo en la tierra me las deja negras como el carbón.

El cielo se deshizo de su tono rojizo y lo reemplazó por un tapiz de nubes preñadas de lluvia y dueñas de un blanco irreal una vez entrada la noche. Los tres transeúntes avanzaban con la única preocupación de seguir caminando.

—Quizá algún día haga como mi amigo el pescador y combata la nostalgia matando el tiempo en el río, que siempre es menos fiero que la mar —pensó en voz alta el Cangrejo—. Pero no es lo mismo. Comparar el río con la mar es como comparar las venas con el corazón.

De repente, el cielo les hizo un guiño desde lo alto. Inmediatamente después, un estrépito de truenos martilleó sus oídos.

— Tomen, cúbranse —dijo el viejo abriendo el paraguas.

—¿Y usted? ¿No se tapa?

El viejo Cangrejo negó con la cabeza y les extendió el paraguas abierto. Caminó bajo la lluvia, al descubierto, feliz bajo un aguacero que le manaba de la cabeza a los pies.

Después de un par de kilómetros, las cepas y los maizales se transformaron en casas de piedra y el camino de tierra batida en carretera mal asfaltada. Los tres peregrinos frenaron sus pasos húmedos delante de una tasca de aspecto avejentado que respondía al nombre de «Pardal». En el interior les recibió un matrimonio de aspecto fúnebre, más viejos incluso que el propio local.

—Buenas y mojadas tardes, «Alambiquero». Tres vinos. —Miró al hombre y dijo—. ¿Y ustedes, qué van a tomar?

—Yo lo mismo. Ella quiere una naranjada —decidió unilateralmente el hombre.

—Ya has oído, «Alambiquero»: cuatro vinos y una naranjada.

El dueño del local le hizo una seña de desgana a su esposa. Del interior de una sucia y desvencijada fresquera, ésta extrajo una botella de vino blanco y otra de naranjada. Derramó cantidades generosas de ambas bebidas en cinco vasos. La mujer se quedó pasmada cuando, casi de trago, el Cangrejo absorbió literalmente el contenido de sus tres vasos de vino blanco.

—No se asusten por el local, no está sucio. Es viejo, nada más, ¿verdad, «Alambiquero»? —señaló a los dueños—. No le vendría nada mal una renovación a este garito... Ya se sabe lo que dicen, renovarse o morir.

—¿Crees que los arreglos y las reformas servirían de algo? —rompió su silencio el propietario de la tasca—. Aunque nos cueste reconocerlo, hay una cosa que no puede renovarse: esto. —Y agregó esta última palabra lánguidamente, mientras posaba la palma de su mano sobre el corazón—. Fíjense, ayer murió un hombre aquí sentado en una silla. Estuvo quieto toda la tarde, como si estuviera durmiendo el más placentero de los sueños. Cuando íbamos a cerrar, nos dimos cuenta de que estaba muerto. Así que miren qué rápido es...

—Bueno, bueno, «Alambiquero», no asustes a nuestros compañeros... Estarán cansados de caminar todo el día. Miren, ahora sólo tienen que seguir hacia delante. En medio de la plaza hay una cruz y enfrente está el albergue. Tienen camas y braseros... Ahora, si lo que quieren es calentarse de verdad... «Alambiquero», saca un poco de aguardiente para estos señores. —El dueño de la tasca vertió un líquido cristalino en tres pequeños vasos—. Ea, para adentro ese aguardiente.

El hombre y el Cangrejo engulleron de golpe el contenido de los vasos. La mujer, en cambio, no pasó más allá del primer sorbo.

—¿Rasca, eh? Este líquido te purifica las entrañas. No sé qué cómo coño utilizas ese alambique, pero es milagroso —comentó dirigiéndose al hombre y a la mujer—. Dicen que cura el catarro. Ya lo dice el refrán: «El aguardiente en la botica y el vino en la taberna». Bebiendo un poco de esto a diario, puedes limpiarte hasta los pecados.

—Pues parece que a ti no te hace demasiado efecto —informó el tabernero.

—Entonces dale una botella para llevar a este pecador que quiere expurgar sus faltas... —El dueño del local reprendió al Cangrejo con una mirada torva y éste, acto seguido, dijo—: No te pongas así, lo anotas en mi cuenta y ya está.

—No hace falta, nosotros convidamos —se apresuró a decir el hombre poniendo unas monedas sobre la barra—. Cóbrense lo de antes y la botella de aguardiente. Mi mujer y un servidor le estamos muy agradecidos a este señor por habernos indicado el camino.

—Oh, no sé si debo... —balbuceó ruborizado el Cangrejo.

—Acepte, por favor —le conminó la mujer—. Ha sido usted muy amable.

—Lo del camino no ha sido nada, ya les dije que está muy mal señalado —comentó mientras «Alambiquero» envolvía la botella en un papel de periódico amarillento—. Gracias. De todo corazón: gracias.

Mientras, al fondo de la barra, un grupo de parroquianos discutía acerca de cuál de las madres de los árbitros de la región era la más puta. Uno, el más grueso, se percató de la presencia del Cangrejo y, sacando la cabeza del corro, le gritó.

—¡Hombre, Cangrejo! ¿Vienes de trabajar? —preguntó haciendo con el brazo ese gesto universal que equivale a la expresión «empinar el codo».

El viejo no pronunció palabra. Sólo se limitó a asir fuertemente la botella de aguardiente entre sus manos tullidas.

—Que si vienes de trabajar, te digo —insistió el gordo.

—Ahora no te hagas el remolón, carajo —gritó uno de pelo erizado.

—Ya basta, dejad al Cangrejo en paz —intercedió «Alambiquero»—. No vayamos a tener jaleo...

—Vamos, «Alambiquero», no defiendas a ese infeliz. Ya es mayorcito... —intervino otro hombre, propietario de un hirsuto bigote

—Vosotros seguid mentando a las madres de vuestros árbitros y a él le dejáis tranquilo... —agregó el tabernero saliendo de detrás de la barra mientras el matrimonio seguía la acción de cerca—. No os ha hecho nada, así que tengamos la fiesta en paz...

—¿Por qué sigues sacándole la cara, «Alambiquero»? Después de todo lo que te debe ese Cangrejo... ¡Sí, sí, lárgate, desgraciado, que no tienes donde caerte muerto! —exclamó el hombre del mostacho al ver que, en completo silencio y aferrado a su botella, el Cangrejo abría la puerta de la tasca y salía a reencontrarse con la lluvia—. No sé cómo te puedes fiar de un hombre que debe dinero a medio bar y que es capaz de jugarse a las cartas la mitad de los dedos de su cuerpo...

Haciendo honor a su apodo, el Cangrejo ya había vuelto sobre sus pasos, bañado por el aguacero y la luz de la luna. Desanduvo todo lo que había andado aquella tarde. Volvió a caminar entre viñedos y maizales, observado muy de cerca por los ojos de los árboles. Desoyó el saludo del matador de tiempo que continuaba pescando en su río inofensivo y siguió andando hasta llegar de nuevo a la gran vid. La observó como había hecho antes y le pareció que le quedaba poco para ahogarse del todo. Entonces la atravesó y esquivó sus ramas enmarañadas que lloraban racimos de uvas. Se detuvo ante una parcela donde la tierra había sido removida recientemente. Escarbó un rato, justo hasta que sus uñas, cada vez más sucias, rechinaron al contacto con el maletín.

Lo extrajo del agujero e introdujo una llave en las dos cerraduras para abrirlo. Colocó en su interior la botella de aguardiente envuelta en papel de periódico, al lado de un pedazo de longaniza y un trozo de pan blando. Había también unas cuchillas de afeitar que comenzaban a oxidarse, una colección de cuellos de camisa de almidón, varios libros de hojas amarillentas y unas cuantas fotos desperdigadas por el forro de terciopelo del maletín.

Echó la llave y volvió a enterrar el maletín. Entonces observó sus uñas. Sacó la navaja y la abrió, pero decidió no retirar las pequeñas partículas de tierra rojiza que habitaban entre las yemas de los dedos y la cara interna de sus uñas. Nada ni nadie, ni siquiera el mar le devolverían la blancura de antaño.

Había dejado de llover. Miró hacia la vid y le pareció que apenas levantaba un palmo del suelo. Se había ahogado definitivamente. Deseó una suerte parecida y se agachó para atarse los cordones. Entonces salió al camino con la navaja ensangrentada y ninguna uña en los dedos, el mar preso en sus ojos y la risa de los cuervos retumbándole en los oídos.

En Donostia, Noviembre de 1999

